

El linage de Caton adquirió lustre y gloria de Caton su visabuelo, varon que llegó por su virtud á tener entre los Romanos el mayor concepto y poder, como digimos en su vida. Quedó huérfano de padres con su hermano Cepion y su hermana Porcia, teniendo ademas otra hermana de madre llamada Servilia, y todos se mantenian y educaban en casa de Livio Druso, que era tio de su madre, y quien entonces llevaba el peso del gobierno. Porque era elocuente en el decir, sumamente moderado y sobrio, y de tanta prudencia que no cedía en esta calidad á ninguno de los Romanos. Dicese que Caton desde niño manifestó en su voz, en su semblante y en los entretenimientos pueriles un carácter inflexible, entero y firme para todo, porque lo que emprendía lo llevaba al cabo con una resolucion superior á su edad; y si era áspero y desabrido con los que le adulaban, aun se irritaba mas con los que querian intimidarle. Era ademas casi inmoble para la risa, no prestándose su semblante para mas que cuanto sonreirse; y para la ira no tan facil ni pronto; pero una vez enfadado muy dificil de desenojar. Llegado el tiempo de la enseñanza, se vió que era tardo y pesado en percibir; pero luego que percibia, de buena memoria y retencion; bien que en general sucede que los de ingenio pronto son olvidadizos, y memoriosos los que aprenden á fuerza de trabajo y aplicacion; y es que en estos cada cosa que aprenden viene á ser como una marca impresa en el alma á fuego. Parece tambien que la desconfianza hacia en Caton la instruccion mas trabajosa y dificil; porque el aprender es un cierto padecer, y el dejarse persuadir pronto es ordinariamente de los que no se sienten con fuerza para contradecir; así es que mas facilmente creen los mozos que los viejos, y los

enfermos que los sanos; y en general los que dudan poco, son prontos y fáciles en asentir. Con todo, se dice que Caton se dejaba persuadir de su ayo, y hacia lo que le ordenaba; pero exigiendo la razon de todo, y preguntando el por qué de cada cosa, pues el ayo era benigno y afable, y de los que prefieren la razon al castigo. Su nombre era Sarpedon.

Siendo todavia Caton muy niño solicitaron los aliados de los Romanos que se les hiciera participantes de los derechos de ciudad; y Silon Popedio, buen militar y de grande reputacion, teniendo amistad con Druso pasó á hospedarse en su casa bastantes dias; en los cuales habiendo contraido familiaridad con aquellos jóvenes: ea, les dijo, es menester que intercedais con el tio para que me patrocine en mi pretension; y Cepion, sonriéndose, dió indicios de que venia en ello. Caton nada respondió, sino que se quedó mirándole de hito en hito con ceño; y preguntándole Popedio: y tú, niño, qué dices? ¿no estas dispuesto á auxiliar á los huéspedes, hablando al tio como el hermano? Como nada dijese, y con el silencio mismo y el semblante manifestase que no accedia á la petition, sacándole Popedio por una ventana como para dejarle caer, le instaba á que conviniese ó lo derribaría; y al mismo tiempo ahuecando la voz le sacudia en el aire con ambas manos, haciendo muchas veces como que le echaba abajo. Aguantó por mucho tiempo Caton esta amenaza sereno é impávido; y Popedio poniéndole en el suelo dijo en voz baja á sus amigos, ¡cuánta es la dicha de la Italia en tener este niño! si fuera ya hombre hecho, creo que no tendríamos en la ciudad ni un solo voto. En otra ocasion un pariente, con motivo de celebrar los dias de su nacimiento, convidó á cenar á Caton y á otros niños, los cuales para hacer tiempo jugaban en una parte retirada de la casa mezclados niños pequeños con otros mayores, y su jue-

go era juicios, acusaciones y prisiones de los sentenciados. Uno de estos, que era de muy buena figura, llevado á la prision por otro mas grande y encerrado en ella, empezó á llamar á Caton. Impúsose este al punto de lo que era; y dirigiéndose á la puerta, retiró á los que se ponian delante y no le dejaban acercar; sacó al niño, y mostrando grande enojo lo llevó á su casa, adonde los demas le acompañaron.

Habíase hecho ya tan célebre, que ocurrió lo siguiente: reunia é instruía Sila los mancebos de las principales familias para una carrera de caballos juvenil y sagrada, á la que llaman Troya, y habia nombrado dos caudillos, de los cuales los jóvenes admitieron al uno por respeto á su madre, pues era hijo de Metela, muger de Sila; pero en cuanto al otro, que era Sexto, sobrino de Pompeyo, no permitieron que se les pusiera al frente, ni quisieron seguirle; y preguntándoles Sila á quién querian, todos á una voz dijeron que á Caton; y el mismo Sexto cedió el puesto contento, y se puso á sus órdenes, dando este testimonio á su mayor mérito. Habia sido Sila amigo de su padre, y algunas veces los llamaba á él y á su hermano, y les hablaba, siendo muy pocos aquellos con quienes tenia esta dignacion por el envanecimiento y altanería de su magestad y su poder; y dando Sarpedon grande importancia á este favor para el honor y seguridad, llevaba á Caton con frecuencia á la casa de Sila, que entonces en nada se diferenciaba de un lugar de suplicios, por la muchedumbre de los que allí eran sofocados y atormentados; y cuando esto sucedia tenia Caton catorce años. Viendo pues que se traian allí las cabezas de los varones mas distinguidos de la ciudad, y que los presentes devoraban en secreto sus sollozos, preguntó al ayo por qué no habia alguno que matase aquel hombre; y respondiéndole este, porque aun-

que le aborrecen mucho, todavía le temen mas; le repuso al punto: ¿pues por qué no me das á mí una espada para libertar de esclavitud á la patria quitándole de enmedio? Al oír Sarpedon estas palabras vió que le centelleaban los ojos, y que su encendido semblante estaba lleno de ira y furor; y concibió tal miedo que de allí en adelante estuvo siempre con cuidado y en observacion de que no cometiera algun arrojito. Era todavía niño pequenito cuando á los que le preguntaban á quién queria mas, respondió que á su hermano: volvieron á preguntarle, ¿y luego? y la respuesta fue igualmente que á su hermano: volvieron la tercera, cuarta y mas veces, hasta que cansados no le preguntaron mas. Después con la edad todavía se fortificó y creció este amor al hermano, porque ya era de veinte años, y jamas habia cenado, viajado ó salido á la plaza sin Cepion. Mas si este pedia unguentos, él no los admitia, y en todo lo relativo al cuidado de la persona era rígido y severo: así con ser Cepion objeto de maravilla por su parsimonia y moderacion, reconocia que tenia este mérito si se le queria medir con los demas; pero cuando comparo mi método de vida, decia, con el de Caton; entonces me parece que en nada me diferencio de Sipio: nombrando á uno de los que tenian fama entonces en Roma de mas muelles y afeminados.

Hecho Caton Sacerdote de Apolo mudó ya de casa; y habiendo tomado la parte que le cupo de los bienes paternos, que ascendia á ciento y veinte talentos, aun redujo los gastos en lo relativo á su persona. Trató entonces amistad é íntima union con Antipatro de Tiro, filósofo estóico, y á su lado se dedicó con especialidad á los principios y dogmas de la ética y la política, ejercitándose como por inspiracion para toda virtud; aunque sobre todas se inclinaba mas á la justicia rígida y severa que nunca

declinase á la condescendencia ni al favor. Ejercitaba la elocuencia como un instrumento para hablar á la muchedumbre, por creer que así como en una ciudad grande hay prevenciones de guerra, convenia tambien tener hechos preparativos en la filosofia política: pero estos preparativos no los hacia en presencia de otros, ni le oyó nunca nadie perorar; y á uno de sus amigos que le dijo: «se habla, oh Caton, y se murmura de tu silencio?» Muy bien, le respondió, como no se murmure de mi conducta; porque yo empezaré á hablar cuando no haya de decir nada que fuera mejor no haberlo dicho.

La basílica, llamada Porcia, era una ofrenda por la censura de Caton el mayor; y siendo allí donde daban audiencia los Tribunos de la plebe, porque una columna parecia ser de algun estorbo para las sillas curules, habian resuelto ó quitarla ó trasladarla á otra parte, y este fue el primer negocio que obligó á Caton á darse contra su voluntad al público; pues le fue preciso hacerles oposicion, dando al mismo tiempo una admirable prueba de su elocuencia y de su juicio. Porque su diction no tuvo nada de juvenil ni de hinchada, sino que fue varonil, llena y concisa. Ademas resplandecia en ella una gracia seductora, que hacia oír con gusto lo cortado y breve de las sentencias; y su carácter unido con aquella gracia conciliaba á la misma severidad un placer y alhago que le quitaba lo repugnante. Su voz tenia extension, y era cual se necesitaba para alcanzar á todo un auditorio tan numeroso; estando dotada de una fuerza y firmeza que nada la quebrantaba ó disminuía: porque hubo ocasiones en que habiendo hablado por todo un día no se le notó cansancio. En esta ganó el pleito, y se volvió otra vez á su silencio y á sus ejercicios, porque trabajaba el cuerpo en ocupaciones de fatiga, y se habia acostumbrado á sufrir el calor y el frio con la cabeza

descubierta, y á caminar á pie en toda estacion sin llevar ningun carruage; y yendo á caballo los amigos que con él viajaban, ora se llegaba á uno, ora á otro haciéndoles conversacion, marchando él á pie, mientras los otros iban como se deja dicho. En las enfermedades eran admirables su sufrimiento y sobriedad; así cuando tenia calentura se estaba enteramente solo, no dejando que entrase nadie hasta que se sentia aliviado y restablecido de su indisposicion.

En los banquetes sorteaba las porciones, y aunque no le cupiese la primera, rogábanle los amigos la tomase; mas él les decia que eso no estaba bien, pues que Venus habia querido otra cosa.¹ Al principio no bebía mas que una sola vez sobre cena, y se retiraba; pero con el tiempo se dió mas al beber, tanto que muchas veces le cogió la mañana, de lo que decían sus amigos haber sido la causa el gobierno y los negocios públicos: porque estando en ellos ocupado Caton todo el día, é impedido por tanto de tratar de las letras y la erudicion, por la noche en los convites conferenciaba con los filósofos. Por lo mismo como un tal Memio dijese en una concurrencia que Caton gastaba todas las noches en beber, le replicó Ciceron: pero no dices que gasta todo el día en jugar á los dados. En general creyendo Caton que debía tomar el camino contrario á la conducta y ocupaciones de los de su tiempo, que eran malas y necesitaban de gran reforma, como viese que la púrpura mas buscada entonces por todos era la muy roja y encendida, él no la gastaba sino obscura. Muchas veces despues de comer salia á la calle descalzo y sin sobreropa, no para ganar nombre con estas novedades, sino para contraer hábito de no avergon-

¹ La suerte mas feliz en los convites era la que se llamaba de Venus; y tal era respecto de las porciones la que señalaba quien habia de tomar el primero.

zarse por otras cosas que las verdaderamente torpes, no haciendo ninguna cuenta de las demas que se tienen por afrentosas. Redujo á dinero la herencia que le tocó de su primo Caton, importante cien talentos, y la dió sin réditos á los amigos que lo hubieron menester; y aun algunos obligaban al público las tierras y los esclavos del mismo Caton con su aprobacion y consentimiento.

Cuando le pareció ser llegado el tiempo de contraer matrimonio, no habiéndose aun acercado á muger alguna, trató el suyo con Lepida, que antes habia estado desposada con Escipion Metelo; pero entonces ya se hallaba libre, disueltos los esponsales por disenso de Escipion; pero arrepentido este antes del matrimonio, y haciendo las mas vivas diligencias, la obtuvo por fin. Sintiólo vivamente Caton, é inflamado con tal desaire, intentó poner pleito; pero como los amigos le disuadiesen, llevado del encono y de la juventud, recurrió á los Yambos, y llenó de improperios á Escipion, empleando lo amargo y picante de Arquiloco; pero dejando lo indecente y pueril. Casóse por fin con Atilia, hija de Sorano, y esta fue la primera con quien se unió, aunque no la única, no habiendo tenido en esta parte la feliz suerte de Lelio, el amigo de Escipion, que en el largo tiempo que vivió no conoció otra muger que aquella con quien se casó al principio.

Sobrevino en esto la guerra servil, llamada de Espartaco, en la que iba Gelio de General, y de la que voluntariamente quiso participar Caton á causa del hermano, porque ejercia el cargo de Tribuno militar su hermano Cepion; y aunque no le fue dado llenar sus ideas en cuanto al ejercicio y decidida manifestacion de su virtud, por no haberse hecho como convenia aquella guerra, con todo en las pruebas que al lado de la cobardía y lujo de los que con él militaban, dió de disciplina y valor y de osadia

templada con prudencia, pudo conocerse que no desdecia en nada del otro Caton, su antepasado; asi es que Gelio le asignó premios y distinciones honoríficas; pero él no las admitió, ni creyó le correspondian, diciendo que nada habia hecho digno de tales honras. Acreditóse con esto de hombre de otro temple que los demas; y habiéndose establecido por ley que los que pedian las Magistraturas no se presentasen acompañados de nomenclatores, solo él se sujetó á la ley al pedir el tribunado militar, cumpliendo por sí solo con el acto acostumbrado de saludar y llamar por su nombre á los ciudadanos que encontraba. Mas con estas cosas no dejaba de ser molesto aun á los mismos que le celebraban, pues cuanto mas pensaban en lo laudable y excelente de sus hechos y su conducta, tanto mas se sentian mortificados por la dificultad de imitarle.

— Nombrado Tribuno militar para la Macedonia, fue enviado á las órdenes de Rubrio, que era entonces Pretor. En esta ocasion se dice que afligiéndose y llorando su muger, uno de los amigos de Caton, llamado Munacio, le dijo: no te acongojes, Atilia, que á este yo te le guardaré, y que Caton añadió: ciertamente, está muy bien. Habian hecho la primera jornada, y despues de la cena dijo Caton: ea Munacio, es preciso que cumplas á Atilia la promesa que le hiciste, no separándote de mí ni de día ni de noche; y dió orden para que desde entonces se pusieran dos camas en su dormitorio; con lo que pasando á su lado las noches, resultó que como por juego Munacio fue guardado por Caton. Llevaba para su servicio y para hacerle compañía quince esclavos, dos libertos y cuatro amigos; y yendo estos á caballo, él marchaba á pie, y poniéndose por veces al lado de cada uno, le seguia dando conversacion. Luego que llegó al ejército, que se componia de diferentes legiones, nombrado por el General comandante

de una de ellas, no tuvo por una obra grande y regia el dar pruebas de sola su virtud, que al cabo no era mas que la de uno; sino que se propuso el desig- nio de que los subordinados á él se le pareciesen; para lo cual sin quitarles el justo temor de la auto- ridad, juntó con esta la razon, segun la cual les per- suadia y amonestaba sobre cada cosa; y yendo esto acompañado del premio y del castigo, era difícil dis- cernir si hizo á sus soldados mas pacíficos que guer- reros, ó mas justos que valientes; tanto era lo que se mostraban de terribles á los enemigos, de benignos á los aliados, de mirados en no ofender á nadie, y de ambiciosos de alabanzas. Con esto aquello de que menos cuidó Caton fue lo que tuvo con sobras; á saber: gloria, amor, estimacion colmada, y la ma- yor aficion de parte de los soldados; pues con ha- cer voluntariamente lo que á otros mandaba; con parecerse mas en el traje, en la comida y en la mar- cha á estos que á los caudillos; y con aventajarse en las costumbres, en la prudencia y seso y en la elocuencia á todos los celebrados de Emperadores y Generales, él solo era el que no veía el amor y es- timacion que creaba en los soldados hácia su persona: porque el verdadero zelo por la virtud no se engen- dra sino por la benevolencia y aprecio del que quie- re inspirarle; y los que sin amarlos alaban y celebran á los buenos, reverencian sí su gloria, pero no ad- miran, y mucho menos imitan su virtud.

Habiendo sabido que Atenodoro, el llamado Cor- dillon, hombre de avanzada edad y muy ejercita- do en la doctrina Estoica, residia en Pérgamo, y que se habia negado á todas las invitaciones de amistad y confianza que se le habian hecho de parte de Ge- nerales y de reyes, creyó que nada adelantaria con él enviando quien le hablase y escribiéndole; por lo que teniendo por la ley dos meses de licencia, mar- chó al Asia en su busca, confiado de que con sus

prendas y calidades no habia de salir mal en aquella adquisicion. Llegado pues allá, entró en esta contien- da, y habiéndole hecho mudar de propósito, volvió trayéndole en su compañía al campamento con gran satisfaccion y complacencia, por haber hecho el ha- llazgo de una cosa de mas precio y de mayor lustre que las naciones y reinos que Pompeyo y Luculo iban entonces domando con las armas.

Todavía estaba en el ejército, cuando su herma- no, que se hallaba en camino para el Asia, cayó enfermo en Eno, ciudad de la Tracia; de lo que al punto le vinieron cartas. Rejnaba en el mar una gran tempestad, y no hallándose pronta ninguna nave de suficiente porte, se embarcó en un buque pequeño, en el que no llevando en su compañía mas que dos amigos y tres esclavos, dió la vela desde Tesalónica. Estuvo en muy poco que no naufragase, y habién- dose salvado por una especie de prodigio, justamen- te llegó cuando Cepion acababa de fallecer. Este gol- pe parece que le llevó con menos sufrimiento del que era de esperar de su filosofía, dando muestras de un profundo dolor, no solo con derramar largo llanto y con abrazarse repetidas veces al cadáver, sino tam- bien con el gasto en los funerales, y con las preven- ciones de aromas, de ropas ricas llevadas á la hogue- ra, y de un monumento labrado de mármoles de Taso erigido en la plaza de Eno, que tuvo de costo ocho talentos. Hubo algunos que calumniaron esta magni- ficencia, comparándola con la severidad de Caton en todo lo demas: no haciéndose cargo de que en su misma entereza é inflexibilidad para los placeres, los terrores y los ruegos vergonzosos, entraba mucha parte de dulzuras y amabilidad. Con motivo de este duelo las ciudades y particulares poderosos le hicieron magníficos presentes en honor del muerto, de los cuales, no admitiendo dinero alguno de nadie, reci- bió los aromas y cosas de adorno, pagando su pre-

cio á los que las enviaban. De la herencia de Cépion que recayó en él y en una niña, hija de este, nada descontó en la particion por los gastos que hizo en el funeral, y sin embargo de haberse conducido y conducirse de esta manera, hubo quien escribiese que con un arnero hizo cerber y pasar las cenizas del cadáver en busca del oro que se hubiese fundido tan cierto estaba de que podía, no menos con la pluma que con la espada, desmandarse á todo, sin estar sujeto á cuenta ni razon!

Concluida la expedicion y el mando de Caton, salieron acompañándole, no con plegarias y votos, lo que es comun, ni con elogios, sino con lágrimas y con rodearle todos, tendiendo las ropas ante sus pies por donde pasaba, y besándole las manos; demostraciones de que con muy pocos generales usaban los Romanos de aquel tiempo. Mas como quisiese antes de entrar en nuevos cargos de Gobierno recorrer y reconocer el Asia, haciéndose espectador de los usos, costumbres y fuerzas de cada provincia; y desease por otra parte complacer al Gálata Deyotaro, que movido de amistad y hospitalidad paterna, le rogaba pasara á verle, emprendió su viage en esta forma. Al amanecer mandaba delante su panadero y su cocinero al pueblo donde habia de hacer mansion, y llegando estos con tiempo y desahogo á la ciudad, si en ella no habia algun amigo íntimo ó algun conocido de Caton, le preparaban en la posada pública el hospedage, sin ser molestos á nadie; y solo donde no habia meson se dirigian á las autoridades, y tomaban alojamiento, contentándose con el que les señalaban. No pocas veces sucedia que, ó no los creian, ó no les atendian, á causa de no usar de alborotos y

1 Alúdese aqui manifestamente á la obrita intitulada el *anti-Caton*, escrita por César, de que se habló en la vida de este.

amenazas con las autoridades, y Caton se hallaba con que nada habian hecho; y tal vez á él mismo le miraban con desden, y sentado tranquilamente sobre las cargas pasaba plaza de un hombre pusilánime y tímido. En alguna ocasion hizo llamar á los Magistrados y les dijo: Infelices, poned remedio en este mal modo de recibir á los huéspedes: no todos los que vengan serán Catones: embotad con el buen trato su autoridad y poder: porque no suelen desear mas que un pretexto para tomarse por fuerza lo que no se les da de grado.

En la Siria se dice haberle ocurrido una cosa graciosa; porque al acercarse á Antioquia vió á la parte de afuera de la puerta un número grande de hombres que estaban puestos en fila á uno y otro lado del camino, y separados de ellos, aqui los jóvenes con mantos de púrpura, y alli los muchachos primorosamente vestidos. Algunos tenian ropas blancas y coronas por ser ó Sacerdotes de los dioses ó Magistrados. Lo primero que le ocurrió á Caton fue que la ciudad le hacia el obsequio y honor de aquel recibimiento; por lo que se enfadó con los de su familia que iban delante, á causa de no haberlo impedido; y mandando á los amigos que le acompañaban que bajasen, continuaba caminando á pie con ellos. Cuando ya estuvieron cerca, el director de aquel aparato y ordenador de aquella muchedumbre, hombre ya anciano, y que llevaba un baston en la mano y corona en la cabeza, adelantándose á los demas y saliendo al encuentro á Caton, sin saludarle siquiera, le preguntó dónde habian dejado á Demetrio y cuándo llegaría. Este Demetrio habia sido esclavo de Pompeyo, y entonces era obsequiado fuera de medida, puede decirse que por todos cuantos tenian relaciones y negocios con Pompeyo, á causa de que tenia mucho valimiento con él. Causóles este incidente tal risa á los amigos de Caton, que no podian contenerse aun

mientras iban por medio de aquella muchedumbre; pero el mismo Caton, corrido por el pronto, solo exclamó: ¡miserable ciudad! sin haber pronunciado otra palabra; pero despues solia reirse recordando y refiriendo este caso.

Mas el mismo Pompeyo advirtió y corrigió á los que por ignorancia habian tenido tan poca consideracion con Caton; pues cuando á su arribo á Efeso iba á saludar á Pompeyo por ser de mas edad, precederle mucho en autoridad y gloria, y estar al frente de grandes ejércitos, luego que este le vió no se estuvo quedo, aguardando á que le encontrara sentado, sino que salió á recibirle como á persona muy distinguida, y le alargó la diestra; y si desde luego al recibirle y saludarle hizo grandes elogios de su virtud, los hizo mucho mayores despues de haberse retirado; de manera que todos volvieron su atencion y sus respetos á Caton, admirando y reconociendo aquella mansedumbre y magnanimidad, por las que antes no habian hecho alto de él: y mas que se echó de ver que aquel esmero de Pompeyo mas bien nacia de veneracion que de amor; y vieron claro que aunque presente le miraba con admiracion, no dejaba de holgarse de su ida. Porque á los demas jóvenes que se le presentaban tenia placer en detenerlos, manifestando deseos de gozar de su compañía y trato; pero respecto de Caton no se le advirtió este deseo; sino que como si le estorbaba para usar de su autoridad, le despidió con gusto; aunque á él solo de quantos navegaban á Roma le recomendó sus hijos y su muger, que por otra parte tenian deudo de parentesco con él. Desde aquel punto tuvo ya fama y hubo solicitud y concurso de las ciudades para obsequiarle, y cenas y convites, en los que prevenia á sus amigos estuviesen atentos, no fuera que sin querer confirmaran lo que Curion habia dicho acerca de él; porque este, incomodado con la autoridad de Caton, de

quien era íntimo amigo, le habia preguntado si tenia ánimo despues de la milicia de visitar el Asia, y como le respondiese Caton que sí: muy bien harás, le repuso, porque asi volverás de allá mas afable y mas manso; diciéndoselo con estas mismas palabras.

El Rey de Galacia Deyotaro, siendo ya anciano, habia enviado á llamar á Caton, queriendo recomendarle sus hijos y familia; y á su llegada, ofreciéndole grandes presentes y rogándole de mil maneras, lo disgustó hasta el punto de que habiendo llegado por la tarde y hecho noche, á la tercera hora de la madrugada se marchó. Habia andado solo una jornada hasta Pesinunte, cuando se encontró con que allí le tenian preparados mayores regalos con cartas de Deyotaro, rogándole que los aceptase para sí; y si á esto no se prestaba, dejara que los tomasen sus amigos, muy dignos de ser remunerados por él, para lo que sus bienes propios no alcanzaban; pero ni así condescendió Caton, aun viendo que algunos de los amigos se ablandaban y murmuraban, sino que diciendo no haber regalo para el que faltan pretextos, y que los amigos podian participar de cuanto él tenia honestamente, volvió á enviar sus presentes á Deyotaro. Estando para encaminarse á Brindis, les pareció á los amigos que seria bueno trasladar los despojos de Cepion á otro barco; pero respondiéndoles que antes se despojaría del alma que de ellos, se hizo á la vela; y se dice que corrió en la travesía gran riesgo, cuando los otros no tuvieron contratiempo alguno.

Restituido á Roma, pasaba el tiempo en casa con Atenodoro, ó en la plaza prestando patrocinio á sus amigos. Podia ya aspirar á la Cuestura: y sin embargo no se presentó á pedirla hasta haber leído las leyes relativas á ella, hasta haberse informado de los inteligentes sobre cada cosa, y hasta haber en cierto modo comprendido toda la esencia de esta magistratura. Así es que apenas fue constituido en ella, hizo una

gran mudanza en los sirvientes del tesoro y en los oficiales ó escribientes, porque estos tenian siempre muy á la mano todos los asientos públicos y las leyes de la materia, y entrando continuamente magistrados nuevos, que por su inesperienza é ignorancia necesitaban de otros ayos y maestros, no se sujetaban los escribientes á su autoridad, sino que ellos eran en efecto los magistrados; hasta que Caton, tomando con empeño estos negocios, y no teniendo solo el nombre de magistrado, sino la capacidad, el juicio y la inteligencia, puso á los escribientes en estado de ser unos subalternos, como debian, reprendiéndolos en lo que obraban mal, y enseñándolos en lo que erraban por ignorancia. Como ellos eran atrevidos, y con lisonjas procuraban ganar á los otros Cuestores, hacian á Caton la guerra; mas este, habiendo convenido al primero de ellos de infidelidad en la particion de una herencia, lo expelió de la tesorería; y á otro le intentó causa de suplantacion; á cuya defensa salió el censor Luctacio Catulo, varon de grande autoridad por este cargo, pero mas respetable todavia por su virtud, como que en justicia y modestia se aventajaba á los demas Romanos; siendo al mismo tiempo elogiador y amigo de Caton por su conducta. Veíase pues falta de justicia, y como recurriese á la commiseracion y á los ruegos, no le permitió Caton seguir por este término; sino que, insistiendo con mas calor en su propósito: «vergüenza es, ó Catulo,» le dijo, que tú á quien incumbe examinar y corregir «las vidas de todos nosotros, te dejes seducir de nuestros dependientes.» Pronunciada por Caton esta reconvenccion, Catulo le miró en aire de no dejarle sin respuesta; pero nada dijo, sino que fuese ira ó fuese rubor, se retiró turbado é incierto. Mas el dependiente no fue condenado, porque ocurrió que los votos que le eran contrarios no excedian mas que en uno á los absolutorios, y habiendo faltado al juicio por indis-

posición Marco Lolio, uno de los colegas de Caton, le envió á llamar Catulo, implorando su auxilio; y habiéndose hecho llevar en litera, despues de concluido el juicio, echó tambien voto absolutorio. Mas sin embargo Caton ya no volvió á emplear aquel escribiente, ni le dió salario, ni admitió en cuenta de ningun modo el voto de Lolio.

Habiendo sujetado de este modo y hecho dóciles á los escribientes, hizo de los asientos públicos el uso que le pareció conveniente, y en poco tiempo puso la tesorería en términos de competir en respeto con el Senado; tanto que todos decian y tenian por cierto que Caton habia igualado en dignidad con el Consulado la Cuestura. Porque en primer lugar encontrando que muchos tenian deudas antiguas á favor del tesoro, y que este debía á muchos, á un mismo tiempo hizo cesar el agravio que la república sufría y el que causaba, exigiendo á unos con rigor é irremisiblemente, y pagando á otros con fidelidad y prontitud: así el pueblo le reverenciaba, viendo pagar á los que habian sido tenidos por insolventes, y que otros cobraban lo que no habian esperado. Habia muchos que presentaban indebidamente documentos, y alegaban decretos falsos, que antes solian tener cabida por el favor y el ruego; pero á él nada de esto se ocultó; y dudando en una ocasion si un decreto era legítimo, aunque lo atestiguaron muchos, no les dió crédito ni concedió libramiento, sin que primero compareciesen los Cónsules y jurasen tambien. Eran muchos aquellos á quienes Sila habia distribuido á razon de doce mil dracmas por dar muerte á los ciudadanos de la segunda proscripcion, á los cuales todos los miraban con odio por malvados y abominables; pero de quienes nadie se habia atrevido á tomar satisfaccion; mas Caton fue llamando á cada uno de los que habian recibido dinero del tesoro público por medios injustos, y se lo hizo de-